





“Aquí estáis, hombres y mujeres para quienes
yo soñara lo mejor.”

José Luis Fernández del Amo
Vegaviana, 12 de mayo de 1990

Los poblados de colonización, una arquitectura entusiasta. Datos sobre Navarra

José Manuel Pozo Muncio, Dpto. de Proyectos Arquitectónicos. ETS Arquitectura, Universidad de Navarra

Antes de entrar en materia y ofrecer algunos datos e información acerca del tema que el título de este capítulo anuncia, pienso que es necesario hacer unas consideraciones previas para situar el sentido de lo que se pretende transmitir, para lo que el caso de Navarra es buen pretexto; ya que me parece necesario salir al paso de la ligereza y falta de seriedad con la que, por lo común, ha venido tratándose cuanto se refiere a los poblados de Colonización en las publicaciones relativas a la historia de la arquitectura española del siglo XX, y más en particular en las que se refieren a la década de oro de nuestra moderna arquitectura (1955-1965), que coincide precisamente con la época más vigorosa del franquismo, que es para muchos el obstáculo crítico insalvable que les impide ser objetivos.

Aunque han pasado ya varios años desde el final del siglo XX, todos recordamos cómo al acercarse el año 2000, la gran “familia” formada por el conjunto de historiadores, críticos y editores de arquitectura, se vio aquejada por una fiebre editorial, uno de cuyos síntomas fue la prisa, a consecuencia de la cual vieron la luz, en pocos meses, numerosas guías, libros y catálogos, por medio de los que sus promotores y redactores intentaron ofrecer una explicación definitiva y concluyente acerca de lo sucedido con la arquitectura en España durante la centuria pasada; y sin embargo el poco tiempo transcurrido ha sido suficiente para constatar que, a pesar de ese aluvión, la tarea de documentación sigue, en buena parte, pendiente.

Así, a pesar del esfuerzo, y de que pocas cosas deberían haberse escapado a un trabajo de documentación tan notable y extendido, que se pretendía exhaustivo, sin embargo la realidad es que en casi todas las obras que componen esa producción se echan en faltan algunas cosas; y entre ellas, de modo destacado, aunque no único, un capítulo dedicado, expresa y monográficamente, a la arquitectura promovida en España desde el Instituto de Colonización, siendo así que es ahí precisamente donde primeramente comenzó la aplicación a escala nacional, y generalizada de la arquitectura, entendiendo ese calificativo “nacional” en un sentido preciso, más geográfico que estilístico moderno (esto es, que se dio de forma simultánea, hecha por arquitectos diferentes y en lugares distintos y distantes)¹.

Es un hecho que se puede constatar fácilmente, y que presenta pocas excepciones, lo cual hace del conjunto de esas obras (entre las que se encuentran aquellas a las que se refieren estas líneas), una iniciativa verdaderamente interesante.

Por eso en primer lugar, debemos felicitarnos de que esta publicación vaya a ver la luz; ya que si lo anterior es cierto, no lo es menos que, una vez repuestos de la “fiebre” editorial que provocó el fin de siglo, acechaba el peligro de que los críticos e historiadores diesen por suficientemente estudiado y documentado ese periodo, y dirigiesen sus intereses en otra dirección, y no era probable que, al menos por un tiempo, se interesasen nuevamente por un tema supuestamente agotado. Por eso es

muy positivo no sólo impedir que eso suceda sino crear un cauce, como el que ha dado origen a esta publicación, para que (ahora sin prisas) podamos dedicarnos a profundizar a fondo y sin ligerezas en ese estudio no realizado.

Pero además de esa razón, lo que hace más interesante a mis ojos esta publicación es que la ausencia de estudios realmente serios acerca de esta cuestión (como de otras muchas) se debe en buena medida a la falta de datos y de fuentes, y a la dificultad para acceder a ellos, para lo que el conjunto de lo recogido en estas páginas ha de ser una referencia valiosísima.

El interés de las obras a las que me refiero es tal, que no me cabe la menor duda de que su conocimiento despertará el interés de los investigadores si logramos facilitar la información necesaria; eso permitirá el inicio de estudios más científicos y fundamentados acerca de la materia, que por lo común suele despacharse con bastante superficialidad, atendiendo sólo a los ejemplos más destacados y brillantes, que, además, muchas veces son estudiados no por su valor propio sino como parte de la obra de los respectivos autores; de modo que los pocos ejemplos que realmente se conocen han acabado por convertirse, de hecho, en lugares comunes, que por eso mismo han impedido el análisis profundo del conjunto, entendido como fenómeno característico de una época.

Así, por ejemplo, nos resultan familiares las imágenes de Esquivel, Vegaviana, Villalba de Calatrava, y algunos poblados más (diez o doce a lo sumo, de los más de trescientos que se construyeron), porque se reproducen con frecuencia para ilustrar las monografías de Fernández del Amo, De la Sota u otros; pero en cambio rara vez se publica algo más que esas fotografías, ni se relacionan en modo alguno con el Instituto de Colonización que las impulsó, porque no superan la consideración de “obras de esos arquitectos”; de modo que su estudio y valoración se hace, si acaso, en cuanto realizaciones meritorias de ellos, pero sin atribuir mérito alguno a la voluntad de quien las promovió. Que es otra cuestión acerca de la que me gustaría hacer una breve reflexión. Por justicia.

Los poblados de colonización

Aunque despreciar o ignorar la labor desarrollada por el INC ya parece un obstáculo serio para formular un juicio objetivo acerca de la arquitectura española de la época, la cuestión sería menos relevante si al menos se estudiasen los poblados de colonización como conjunto, y como fenómeno hispánico singular de aquellos años; y si al menos se analizasen sus orígenes, y el espíritu que animó su desarrollo; pero esta carencia deberemos tenerla en cambio por una deficiencia científica de cierta consideración –que devalúa los estudios afectados–, cuando parece que esa consideración global de la importancia del fenómeno no se quiere hacer para no contradecir con ello las valoraciones que han hecho de nuestro patrimonio arquitectónico muchos de nuestros críticos e historiadores y poner en evidencia la parcialidad de sus juicios.

Cuando nos damos cuenta de que los poblados de colonización representan una parte importante de lo mejor que se hizo en España en aquellas décadas, y que no se puede despreciar lo que representan, será preciso reconocerlo aunque para esto hayamos de renunciar al tópico irreal de la existencia de la arquitectura franquista, que no aceptaba la modernidad e imponía a los arquitectos una estética de corte fascista o escurialense² para la arquitectura promovida por el Régimen; es indudable, a la vista de este conjunto de obras, y de otras contemporáneas también promovidas por el Estado³, que quienes así opinan se enfrentan a unas contradicciones insalvables, salvo que se olviden de mucho de lo que se hizo, porque, como se ve, muchas de las mejores obras de aquellos años surgieron de organismos oficiales que promovieron (o dejaron hacer) cosas muy valiosas. Como se ha apun-

tado, ese escollo se puede intentar salvar atribuyendo el mérito a los arquitectos autores de las obras singulares, como si las hubiesen hecho sin conocimiento de quien las impulsaba, e ignorando a quien las promovió y financió. Pero la realidad es muy terca, y acaba imponiéndose.

Si no, a la vista de los resultados a los que nos referimos, sería necesario encontrar una explicación razonable para el hecho llamativo de que los arquitectos que trabajaron para el Instituto de Colonización, en las antípodas estéticas y funcionales del tópico escurialense, hubieran logrado burlar la presunta consigna estética del Estado, trabajando precisamente desde una de las oficinas de los servicios oficiales del Estado desde la que más arquitectura se hacía, hasta el punto de que ocupaba un edificio propio, levantado frente al edificio de los Nuevos Ministerios de Indalecio Prieto⁴; que es un hecho tanto de la importancia que el Estado le dio al fenómeno, como del número de funcionarios y técnicos que tuvieron que estar implicados, y convierte en una quimera la supuesta ocultación de la arquitectura real que se hacía, que hubiese sido una tarea realmente difícil.

Esa interpretación de la historia, que antepone los prejuicios a los análisis, justifica la reclamación de un estudio serio y concienzudo de todo lo que se ignora o no se ha sabido apreciar suficientemente hasta ahora; sólo así podremos ponernos en situación de comenzar a conocer realmente nuestra historia, que es el patrimonio que alimenta nuestro presente. Sólo así desde el conocimiento de la verdadera historia podremos soñar en que esta sirva para avanzar.

Por eso pienso que una de las primeras cosas que nos ofrece el estudio de los poblados es esta: pocas cosas pueden ser más insostenibles hoy en día, por inexistente, que el tópico de la imposición de la estética de una arquitectura franquista retrógrada y el rechazo de la modernidad por el Régimen.

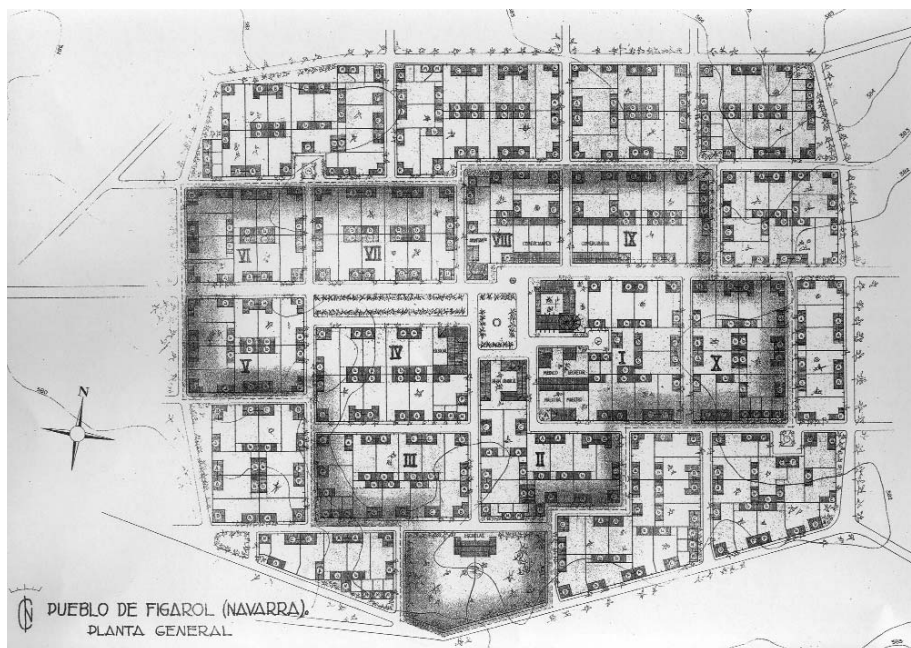
Conocer para interpretar

Si es claro que sólo se puede aspirar a un progreso real partiendo del conocimiento previo de la tradición, como defendía D'Ors⁵, lo que desde luego parece imposible es aspirar a lograrlo cuando aquella no sólo se ignora, sino que además, lo poco que de ella se conoce se tergiversa, confunde o niega. La historia puede hacerse añadiéndole más o menos carga interpretativa, pero ante todo ha de ser historia, y para esto es imprescindible intentar ser fiel a los hechos, que, aunque sean casuales, deben ser puntos de paso obligados en el relato, y de los que se debe respetar su entidad real.

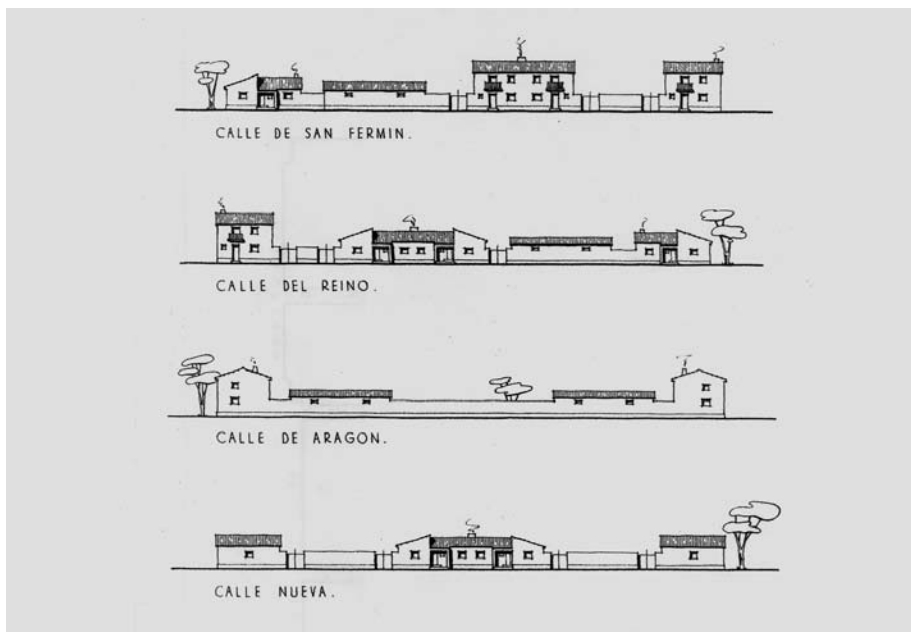
Por eso, y de ahí este largo preámbulo, para hacer historia resulta imprescindible comenzar por conocer y estudiar, sin contaminaciones críticas apriorísticas, los hechos y los documentos que los muestran; que serán, a fin de cuentas, los que después permitirán formular las hipótesis interpretativas e intencionales. Y aunque lo que haya sucedido no sea lo que se preveía o deseaba, si eso es lo que ha sucedido, como tal habrá que contarlo, e incluso reconocer sus cualidades.

Me parece en ese sentido aleccionador el ejemplo que nos ofrece Hitchcock en su obra *Arquitectura de los siglos XIX y XX*⁶, interesante por muy diversos motivos, pero de la que ahora me gustaría ponderar la objetividad de la que su autor hace gala cuando al dedicar un capítulo a “la llamada arquitectura tradicional”, advirtiendo de que si bien las obras que ahí recoge no señalaron en su momento el camino a seguir y su ejecución no deben tenerse por un paso dado en la dirección adecuada, sin embargo no puede ignorarse su existencia porque se trata, indudablemente, de buenas realizaciones arquitectónicas, aunque estén mal orientadas.

Una cosa es que algo sea bueno y que se reconozca como tal y otra distinta que se proponga como un camino a seguir o que nos puedan agradar más o menos los motivos que llevaron a sus autores a construirlos.



1. Figarol. Planta General. Proyecto. Arq. Fernando Nagore y Domingo Ariz. 1948. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino



2. Figarol. Ampliación (1960). Modelos de viviendas. Arq. José Borobio. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

Recordar esto, que nunca deberíamos perder de vista, se hace especialmente necesario en relación con la arquitectura española del siglo XX, ya que, como señalábamos al comenzar, buena parte de lo mejor de ella se construyó durante el franquismo, y si denostar a este Régimen se convierte para algunos en un fin, llegan a olvidar todo lo provechoso que se pudiera hacer en aquellos años, como por ejemplo, los poblados de colonización.

Por eso al escribir estas líneas, me propuse sobre todo contribuir a esa tarea documental proporcionando una información somera de los cuatro poblados que se crearon en Navarra por iniciativa del Instituto de Colonización, que fueron: Figarol (1948), Rada (1954), San Isidro el Pinar (1961) y Gabarderal (1961). Después, aprovechando lo que en esos poblados se aprecia, deseo apuntar algunas notas que pienso que pueden ser aplicables a buena parte del conjunto de los poblados hechos en España.

Pero pienso que sólo el hecho de facilitar esa información es interesante; entre otras cosas porque aunque su existencia sea conocida para los investigadores navarros, pienso que no lo será tanto en círculos más amplios, como lo demuestra el implícito desconocimiento que de este hecho mostraba alguien tan implicado en el asunto como Fernández del Amo, quien al hacer en 1995 el elenco de las regiones que se habían visto afectadas por las intervenciones del Instituto de Colonización olvidó mencionar a Navarra⁷; cosa, por otra parte, muy lógica si pensamos que las actuaciones llevadas a cabo allí se dirigieron de hecho desde Aragón, donde tenía su sede la Delegación del Instituto para el Ebro, como un modo extensión hacia el noroeste de sus planes para la franja oeste de la provincia de Zaragoza, en el límite con Navarra⁸.

Esta dependencia de Aragón fue muy ventajosa para Navarra, ya que esas actuaciones fueron de mayor calidad que las acciones emprendidas paralelamente por la que entonces se llamaba Diputación Foral de Navarra, que carecieron absolutamente de ambición urbanística y arquitectónica; de modo que, de hecho, se puede decir que la primera arquitectura de interés que llegó a Navarra, empleando el lenguaje y los progresos conceptuales de la modernidad, fue la debida a las intervenciones promovidas por el Instituto de Colonización⁹, como se aprecia en la memoria que acompañaba al proyecto de Figarol, como veremos.

Con esa intención documental e informativa como primer objetivo, no puedo, sin embargo, dejar de hacer unas consideraciones de carácter general en relación con la labor de conjunto del Instituto Nacional de Colonización. Entre otras cosas porque los poblados creados en Navarra son una parte de aquella.

La fuerza jerárquica de los poblados: la corona de la ciudad

Lo primero que sorprende al contemplar los poblados –no sólo los navarros– es la gran calidad y novedad de las propuestas arquitectónicas, ajenas al populismo historicista del tipo del “pueblo español”, al que era fácil recurrir tratándose de arquitectura rural, que podría haber dado lugar a conjuntos estereotipados, de película costumbrista. Esa calidad y esa actitud, que tiene pocas excepciones, es difícil compaginarla, como no me cansaré de repetir, con el supuesto dirigismo de un Régimen obsoleto y autárquico, reacio al progreso y a las novedades. Que es el prejuicio erróneo que ha mediatizado casi siempre la valoración de la arquitectura hecha en España en esos años.

Ya que, en esto, como en todo, es indudable que para que una obra sea buena no basta con que un arquitecto sea bueno sino que ha de serlo también su cliente.

Qué decir cuando se aprecia que los aciertos no escasearon sino que se multiplicaron y generalizaron con la aquiescencia y el agrado evidente del mandante. Si la respuesta pudo ser de tanta calidad es porque los arquitectos estaban preparados para ello, sin duda, pero también porque les dejaron hacerlo. El Estado, o mejor, aquellos a quienes el Estado confió aquella tarea¹⁰ supieron estar a la altura de las circunstancias, acertando al elegir los arquitectos y dándoles libertad para actuar, de forma que aquel conjunto de arquitectos “católicos”, como les califica Ruiz Cabrero¹¹ –en tono poco positivo, que nada tiene que ver con la arquitectura– fueron capaces de crear unos conjuntos muy superiores a los de las pobres producciones, mitificadas, que se habían llevado a cabo o meramente proyectado en los años anteriores, durante la República, fuesen o no “católicos”; y por supuesto son mucho mejores que la mayoría de las urbanizaciones que se estaban levantando contemporáneamente en toda Europa, en los años de la posguerra; prueba de lo cual son los premios abundantes que recibieron algunos de aquellos poblados y los reconocimientos de que fueron objeto algunas de las realizaciones llevadas a cabo en España en esos años¹². Que no es justo atribuir sólo al acierto y visión de los arquitectos autores de las obras, ya que, como afirmaba Fernández del Amo¹³ en 1987 (bastantes años después de la desaparición del Régimen), del Instituto Nacional de Colonización dependía “directa y exclusivamente el proyecto y la dirección de la obra, el planeamiento y la ubicación de estos pueblos”.

Los poblados –obras de bajo presupuesto realizadas con escasos medios– contaban con esa buena dirección, pero se debieron a la fuerza, el ingenio y el acierto con los que trabajaron en aquellos años los arquitectos españoles; lo cual posiblemente tuviese algo que ver con la forzosa inactividad precedente provocada por las guerras y la penuria económica, pero también se debía a las ansias posbélicas de alumbrar una nueva sociedad; en lo que podemos encontrar un paralelismo entre la actitud de nuestros arquitectos y la de quienes trabajaron en Alemania en la posguerra de la primera guerra mundial, en los años treinta, cuando cristalizaba el movimiento moderno; como Taut señalaba hablando de sus obras de los años treinta (sus años “grasos”), su acierto según él se debió en buena medida al hecho de no haberle sido posible construir apenas nada durante los primeros años de la posguerra, por la situación económica de Alemania; lo cual le había permitido dedicar mucho tiempo a pensar, de modo que cuando pudo empezar a construir ya sabía lo que debía hacer.

Pues algo de eso debió pasar con nuestros buenos arquitectos tras la obligada inactividad entre 1936 y 1945. Y a las ansias por plasmar sus aspiraciones arquitectónicas, aplazadas forzosamente durante años por la penuria económica y técnica provocadas por la guerra, se unía el patriotismo posbélico imperante, que alentaba en los arquitectos, y en toda la sociedad, el deseo de pasar página y de contribuir con su trabajo al alumbramiento de una sociedad nueva, esperanzada y abierta hacia un nuevo horizonte.

En lo cual también coincidían con las ilusiones que movieron a las vanguardias europeas en el periodo de entreguerras. “La tarea de colonización, –dirá Fernández del Amo–, era hermosa para quien tenía el alma ya tocada por dardos de impresiones recibidas en un trasiego de tumbos y avatares por las regiones deprimidas de nuestro territorio. (...) Mi tarea no ha sido más que la de coadyuvar, con la iniciativa ‘remejida’ por la inquietud y el empeño de mejorar la suerte de vivir en las promesas de unas tierras fecundas”¹⁴.

La frescura y la calidad de los poblados de Fernández del Amo o De la Sota superan con mucho las escasas creaciones de los años treinta que se dieron en España –que fueron además de iniciativa privada–, como puedan ser la Colonia el Viso de Madrid, de Bergamín y Blanco Soler, entre las conocidas o el poblado para los trabajadores de la Fábrica de Cemento de Morata de Jalón (Zaragoza), de los hermanos Borobio, entre las desconocidas. Y me atrevería a decir que los poblados superan en algunos aspectos incluso a muchos de sus “antepasados” alemanes u holandeses, y, por supuesto, a la mayoría de los italianos.

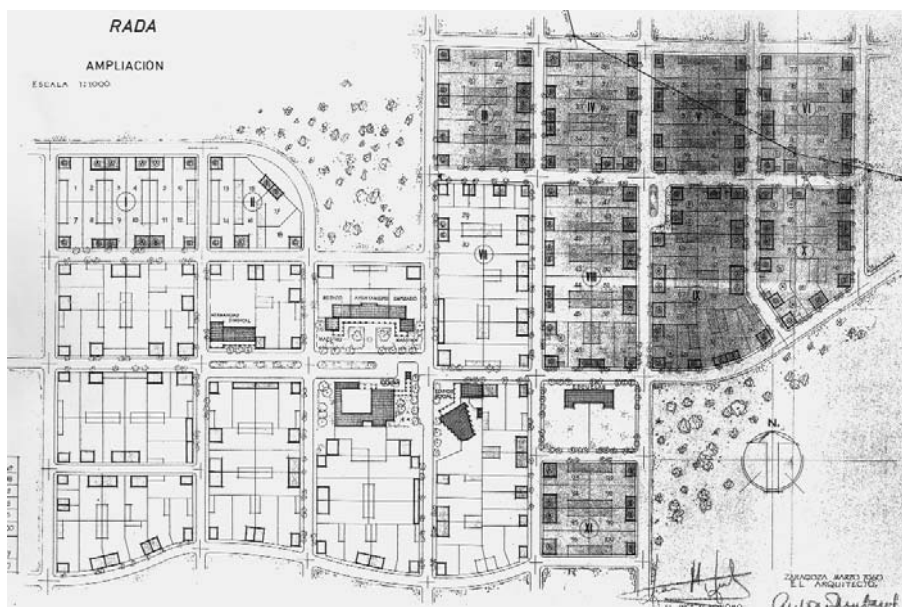
De una parte en casi todos esos casos europeos se trató de *siedlung* o *waldsiedlung*, casi siempre ligadas a ciudades existentes –con excepción de las actuaciones italianas en el *agropontino*–. En ellas, por eso mismo el problema que debía resolverse era casi exclusivamente de distribución de viviendas, añadiendo algunos complementos dotacionales, pero contando siempre con la dependencia respecto de los cascos urbanos a los que se juxtaponían.

En el caso español, en cambio, los poblados fueron asentamientos rurales *ex-novo* (*ländlichsiedlung*), que nacieron con vocación de autonomía, y que necesitaron por tanto contar con determinados servicios propios, sobre todo teniendo en cuenta que casi siempre se situaron en lugares hasta entonces deshabitados y en ocasiones no muy bien comunicados (por ejemplo en el caso de los poblados navarros).

Se trataba de una verdadera conquista del territorio, que se quería dominar y cultivar, sin destruir. ¡Qué diferencia entre aquella colonización respetuosa, casi diría amorosa –calificativo que suena algo cursi, pero que no es infundado–¹⁵, y la desordenada y especulativa acción de transformación del territorio y el paisaje que se llevó a cabo en los años setenta y posteriores!¹⁶

Era necesario crear poblaciones acabadas, porque no había tiempo para esperar a su crecimiento y evolución, ni se podía aguardar a una implantación progresiva en el terreno, aún en aquellas ocasiones en las que la construcción de los poblados se llevase a cabo por fases. Por otra parte debía tratarse de asentamientos estables, en los que las personas que los habitasen cobrasen conciencia, desde el primer momento, de pertenecer a una comunidad, nueva, pero real y sólida, arraigada en un lugar. Y eso no se logra si no se dispone de edificios que representen a todos y definan un espacio común.

Y ahí es (y no en lo estético) donde sí se ve reflejado un modo de entender la sociedad, que sí respondía a los deseos del Régimen, aunque se ajustaba perfectamente a la tradición secular católica (sin comillas) de la sociedad rural española; que es algo que diferencia completamente estas *ländlichsied-*



3. Rada. Planta General. Proyecto. Arq. Eugenio Arraiza. 1954. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

lung españolas de las *siedlungen* diseñadas por los alemanes y nórdicos. Si para Lunaciarskij¹⁷, el importante funcionario del régimen stalinista que invitó a Taut a Moscú admirado por sus realizaciones, la célebre “herradura” de la *siedlung* de Berlín-Britz era “socialismo construido”¹⁸, es claro que los poblados españoles eran “otra cosa”, no menos comprometida con el problema social y humano de sus moradores, pero con los que no se pretendía en absoluto favorecer o imponer un modelo de vida socialista.

Así, conforme a la tradición secular de España, cada pueblo debía descubrirse en la distancia por la torre de su iglesia, que debía ubicarse infaliblemente en el centro cívico del poblado, acompañada por el Ayuntamiento, la Casa de Cultura y, en algunos casos –según la extensión del poblado– de la casa sindical, el teatro o centro social, si lo había, y el economato o edificio de suministro de mercancías, si es que no se preveían otros espacios específicos para el comercio, o locales distintos de los destinados a viviendas y a la producción agropecuaria; además, se preveía la ubicación de casas para el maestro y el médico, también próximas al centro cívico; esto es, se establecía de entrada un centro neurálgico en las poblaciones, con distinta entidad según los casos; “la corona de la ciudad” tautiana, de la que el resto del asentamiento recibía arraigo y seguridad de futuro.

Las escuelas con las que se completaba el programa rotacional se debían situar en un lugar destacado, próximo a ese centro, pero no en él. De modo que aparecían localizadas en un lugar importante, pero no central, con lo que cobraban una especial relevancia compositiva, ya que su ubicación daba lugar con frecuencia a la aparición del segundo eje de la población; así se contempla por ejemplo en el caso de Figarol; este hecho no puede dejar de evocarnos el paralelismo con lo que Taut planteaba en sus *siedlung* (la Britz por ejemplo) en las que las escuelas, como emblema y símbolo de las esperanzas de progreso de la sociedad y punto fundamental de la educación cívica, se situaban cerrando la perspectiva al eje fundamental de la urbanización; así sucede en Figarol, como apuntamos: “las escuelas, –se lee en al memoria del proyecto–, se elevan fuera del pueblo y a la vez cerca del centro, es decir en un extremo, con todo el horizonte a su disposición”¹⁹; de modo que finalmente el eje ayuntamiento-escuelas se constituirá, de hecho, en el *decumano* de la red ortogonal viaria del poblado.

Por otra parte, como hemos apuntado, a los arquitectos que trabajaron a las órdenes del INC les animaba la ilusión de llegar a crear unos nuevos núcleos de vida, sana y productiva, destinados al progreso social y humano de los nuevos agricultores, que se presumían honrados y trabajadores y que, en aquel medio rural, no podrían sino mejorar y progresar tanto en lo económico como en lo moral o cívico.

En la labor del INC podría verse también, junto a eso, un cierto rechazo de la ciudad, la industria y la máquina, que se asociaban a la lucha proletaria y a los desórdenes sociales que habían conducido a la reciente lucha fratricida. Pero si ese sentimiento se dio, desde luego no fue muy duradero; y era comprensible también porque en los años de penuria que siguieron a la guerra civil la salvación “alimenticia” estuvo en el campo, y la creación de los nuevos asentamientos de colonos se encaminaba precisamente a mejorar la productividad agrícola del país y tratar de sacar de la penuria al las regiones más decaídas.

Realmente un cierto idealismo movía el trabajo de los arquitectos. Un idealismo de origen posbélico, que reflejan bien las palabras de Fernández del Amo, uno de los mejores arquitectos de entre aquellos que trabajaron para el Instituto, con las que he querido presentar estas reflexiones, y que reflejan igualmente otras que él dirigía a los pobladores de Vegaviana muchos años después de haber diseñado aquel poblado; a los que decía ilusionado:

“Sepan los aquí presentes, que el hombre que hace cuarenta años se paseaba bajo las encinas y alcornoques, buscaba el lugar donde se alcanzan las casas de un pueblo en el que sus vecinos encon-



4. Rada. Vivienda hoy. Foto: José Manuel Pozo Municio

trasen el bienestar, el progreso y la felicidad que hoy proclamo en alta voz para sus hijos. Aquí estáis hombres y mujeres para quienes yo soñara lo mejor.

Este pueblo no se hizo para que cada vecino se meta en su casa y le importe lo demás un bledo. Se concibió para un igual disfrute del interior y exterior de la casa. Es imprescindible que se sienta como propio. Se cuida, se atiende y se goza como cosa común y cosa propia. Como empresa común y en comunidad de intereses para el bienestar de todos y con el esfuerzo de todos”²⁰.

Es indudable que ante todo aspiraban a construir una sociedad mejor, en modo similar a como lo habían soñado veinte años antes en Alemania los integrantes de las vanguardias artísticas, al término de la Primera Guerra Mundial.

Entonces, a aquellos arquitectos (Berlage, Taut, Gropius...) les animaba la búsqueda del ideal socialista; los ideales que movían a los arquitectos españoles eran otros; pero si entonces fue bueno aquel deseo de cambio, sobre todo a la vista de los frutos recogidos, ¿por qué no deben considerarse bueno también el suyo, aunque no persiguiesen el paraíso socialista? ¿Por qué si los resultados también ahora fueron buenos, no ha de reconocerse su valor sólo porque los promoviesen gentes animadas por un ideal de vida en el que la autoridad y el reconocimiento de Dios tenían un sitio?

No está de más recordar, a este respecto, lo sucedido con Taut y su arquitectura; primero fue rechazada por los nazis, por izquierdista y “degenerada”, y él tuvo que huir de Alemania apresuradamente y refugiarse en Suiza; sin embargo se trataba de la misma arquitectura que para entonces había sido ya rechazada en Rusia, porque las autoridades del régimen stalinista veían sus bloques “modernos” como un producto de la burguesía occidental; y que fue de nuevo puesta bajo sospecha en Japón (lo mismo su obra que su persona), de nuevo por izquierdista²¹. Ya se ve que las ideas realmente novedosas son difíciles de aceptar por todos los que no desean que las cosas cambien, piensen como piensen.

La ilusión que animaba a nuestros arquitectos en los cincuenta llevaba a Fernández del Amo a afirmar que “estos pueblos fueron concebidos desde la inquietud por dotarles de cuanto la técnica podía ofrecer, con un sentido de la función en el uso del espacio para el hombre que trabaja la tierra. Así creemos haber servido al progreso desde la tradición”²².

En cualquier caso, si realmente, como parece, se llegaron a construir más de trescientos poblados entre 1950 y 1965²³, la simple cifra habla por sí sola de la importancia de la iniciativa, y sugiere la conveniencia de disponer de la información adecuada de todos ellos, como paso previo, imprescindible, para cualquier posterior análisis y valoración objetivos.

Los poblados de Navarra

El Instituto Nacional de Colonización llevó a cabo cuatro actuaciones en Navarra, localizadas en lugares muy próximos al límite con Aragón, que era donde estaba situada la oficina de la que dependía la región ribereña del Ebro. Tres de ellas se hayan en el borde oriental de las Bardenas, que es una zona casi desértica de Navarra: Rada²⁴ (en el término de Murillo el Cuende), Figarol²⁵ (en términos de Cintruénigo) y San Isidro del Pinar²⁶ (en términos de Cáseda); el cuarto Poblado es Gabarderal²⁷, que se halla ubicado en la Navarra media, próximo a Sangüesa, y que se llevó a cabo unos años después que los tres primeros.

De los situados junto al canal de las Bardenas, los que más interés tienen son Figarol y Rada. De hecho San Isidro (con 14 viviendas) es una aldea más que un poblado.



5. Rada. Vivienda hoy. Detalle. Foto: José Manuel Pozo Muncio

Figarol y Rada fueron los dos que se hicieron primero y son similares en cuanto a la disposición de los edificios y a los materiales empleados; los otros dos, que son posteriores, presentan variaciones formales y de programa que los hacen algo menos interesantes, ya que aunque se sigan empleando en él los mismos modelos de vivienda, en vez del acabado a base de ladrillo y enfoscado de mortero de los primeros, estos están edificados con piedra del lugar, lo que les confiere un aspecto bien distinto, con una apariencia de solidez y permanencia que les aleja de la frescura de los otros, y resta fuerza a la composición formal, la eficacia de cuyo diseño se basa más en la disposición de los huecos y en el contraste entre las luces y las sombras, que en la contundencia de su volumetría.

En cualquier caso los poblados de Navarra, sobre todo en Rada y Figarol, no se salen de la norma general de los Poblados, y se organizan en torno a los edificios representativos, a los que se confía la tarea de dar carácter y estructura a los núcleos urbanos, constituyendo la auténtica corona de la ciudad, en la que se reúnen la autoridad, el comercio y la ciencia.

A partir de ese espacio centrado, presidido por la iglesia, se jerarquiza y ordena toda la población, como pone de manifiesto de modo especialmente claro la memoria del proyecto de Figarol, en la que se destaca el empeño puesto para que en los fondos de perspectiva, sobre todo en las calles principales, la torre-campanario fuese siempre el punto de referencia²⁸.

Tanto en Rada como en Figarol destaca la rígida geometría de los trazados de las calles, organizados en manzanas cuadradas que siguen ejes ortogonales, cuyas perspectivas se orientan hacia los edificios singulares.



6. Rada. Plaza. Foto: José Manuel Pozo Municipio

Algunos ven en esa disposición, jerarquizada, una consigna franquista, porque es un trazado que apoya la autoridad; y otros dicen, despectivamente, que responde a un modelo católico de ciudad, porque la torre de la iglesia constituye la referencia visual fundamental tanto con el paisaje como en relación con sus propias calles, pero a mi entender se trata de una disposición que deberíamos identificar más bien con nuestra tradición rural secular y nuestro inveterado individualismo, y con los principios básicos de un trazado viario racional.

Ambos poblados se llevaron a cabo en fases sucesivas, y de hecho sólo Rada se llegó a completar como inicialmente se proyectó. Pero para ambos, con pequeñas diferencias, es válido lo que se recogía en la memoria del proyecto de Figarol:

“Dentro del esquema general, por tratarse de un terreno sin grandes desniveles ni posiciones dominantes, se ha dispuesto el centro representativo precisamente en el centro geométrico, agrupado en torno a la plaza, la iglesia, el ayuntamiento, el edificio social, la hermandad sindical y las viviendas del médico, el secretario y el maestro. Junto a ellas, enfilando la prolongación de la plaza hacia el este, las viviendas de comerciantes con sus tiendas bajo los soportales, y antes de llegar a la plaza, desde el acceso principal, el paseo con su arboleda. Las escuelas se elevan fuera del pueblo y a la vez cerca del centro, es decir en un extremo, con todo el horizonte a su disposición.

Se han cuidado los fondos de perspectiva, en lo que respecta sobre todo a las calles principales. La torre-campanario servirá de punto de referencia y eje del acceso principal. El eje de la iglesia lo es de la plaza: las viviendas de comerciantes enmarcan una calle norte-sur cuyo punto final es el crucero de la Iglesia. El ayuntamiento y las escuelas son finales de perspectiva de una misma calle.

[...] Consideramos de gran importancia los espacios verdes, tanto en el interior del pueblo como en sus alrededores, tratados con suficiente generosidad”²⁹.

También tienen en común los dos poblados, como ya se ha señalado, la disposición del centro cívico, con la iglesia parroquial como edificación singular y distinguida presidiéndolo y ubicando la población en el paisaje, sobresaliendo por encima del cinturón de arbolado que ciñe las poblaciones, cuya plantación, como se ha apuntado, fue parte de las mismas actuaciones que se llevaron a cabo para la creación de los nuevos poblamientos.

Tanto Rada como Figarol han progresado mucho, en términos de economía, desde su creación hasta hoy, lo que se ha traducido, en términos de arquitectura, en un cierto crecimiento y en la introducción de abundantes alteraciones formales en las viviendas, que han arruinado la belleza que tuvieron las calles, que se basaba en la repetición y en la continuidad de los materiales, que le proporcionaban un limitado pero efectivo encanto.

Sin embargo eso, que visto desde el punto de vista del purismo estético, podría considerarse una desgracia, es sin embargo muestra de la vitalidad de unos núcleos que han adquirido la vida y la pujanza que se deseaba para ellos, de modo que lejos de padecer el “vaciamiento” que distingue al campo en España en su conjunto, siguen plenos de vitalidad, lo cual es la mejor prueba del acierto con el que se eligió su ubicación y su diseño y ejecución. Y su población se sigue dedicando mayoritariamente a las labores agrícolas, como antaño.

Los otros poblados navarros

Como se apuntaba anteriormente, los otros dos poblados son bastante posteriores (ambos de 1961) y tienen menor y escaso interés, aunque presentan alguna nota singular apreciable.

San Isidro del Pinar es, como queda dicho, una simple aldea, con 14 viviendas tan sólo, y en la que la iglesia es el único edificio de cierto porte; su escaso caserío no justificaba la construcción de un espacio autónomo, y la iglesia y el ayuntamiento conforman la plaza del pueblo, entendiéndolo por tal el único espacio amplio que se crea, en torno al cual se sitúa prácticamente la población completa; las escuelas (dos aulas simplemente) están abandonadas actualmente pero tampoco ocupaban ninguna posición relevante en el trazado “urbano”; posiblemente la única cosa a destacar de San Isidro sea la vegetación, que es especialmente frondosa y rica, y constituye una de sus características más apreciables, haciendo que no sólo por ella se descubra la aldea en la lejanía como una mancha verde en medio de un paisaje yermo, sino que en su interior la profusa vegetación convierte la población en un verdadero jardín habitado.

Por lo que respecta a Gabarderal, se trata de un poblado también pequeño (29 viviendas), levemente distinto a los otros tres, y menos interesante que ellos. Su proximidad a Sangüesa, población de cierta entidad con la que está bien comunicada, y que cuenta con una relativa industria, resta ruralidad a este asentamiento, de modo que hoy en día muchos de sus habitantes trabajan en las industrias de Sangüesa, al margen de las tareas agrícolas previstas inicialmente, y el pueblo se ha convertido más en una ciudad-dormitorio que en un poblado de colonos. Las viviendas, construidas en mampostería de piedra vista, presentan la apariencia de pequeñas mansiones, con su tapia y su espacio propio, de modo que las calles han perdido protagonismo.

Conclusión

Los cuatro poblados navarros, en su limitación, ponen de manifiesto el acierto e interés de aquella aventura, que debemos considerar como “una de las gestas más recientes del más genuino y quijotesco espíritu español”³⁰. Lo cual es aún más claro en el caso de Navarra, sobre todo si lo comparamos con las actuaciones contemporáneas emprendidas en aquellos años por la Diputación Foral o la OSH en Pamplona y Navarra.

Así lo he defendido y recogido en el trabajo que he llevado a cabo este año que termina para el Registro de vivienda del DoCoMoMo Ibérico; ya que me parece indudable que no hay en Navarra en esos años ninguna otra agrupación urbana que tengan una ambición, y un interés urbanístico y programático equiparable. En próximas reuniones del DoCoMoMo está prevista la presentación del volumen correspondiente a ese Registro de vivienda. Confío en que esos poblados aparezcan reseñados en él.

Es indudable que estas actuaciones en Navarra tienen mucho menos interés que las llevadas a cabo en Extremadura y Andalucía e incluso en la vecina Aragón; pero resultan muy interesantes dentro del conjunto de la arquitectura navarra, y parece imprescindible reconocer su valor si se desea alcanzar una mínima objetividad en el análisis histórico de lo sucedido en aquellas décadas en Navarra y en España, con mucha mayor razón deberá reconocerse la ingente labor del INC, tanto desde el punto de vista estrictamente socioeconómico, como atendiendo a la implantación de la modernidad estética y funcional en las comarcas de España más desfavorecidas e incultas.

Pienso que ha llegado el momento de reconocer que, salvo en el caso de Madrid, en que hay otras actuaciones aún más interesantes, los poblados son, en el ámbito de la vivienda, la primera aplicación global de la nueva arquitectura en España –esto es, que afecta a la arquitectura, al urbanismo, y que se da en toda España simultáneamente–; y muestran hasta qué punto fue provechosa aquella iniciativa, que, al margen de los fines políticos que persiguiese, constituye una de las más felices actuaciones emprendidas por el Estado español en el siglo XX para todo el territorio nacional, y que aún no ha recibido el reconocimiento que merece, por no querer admitir ninguna bondad o acierto en el régimen que los promovió.

Notas

¹ A este respecto es muy interesante la comunicación presentada por Delgado Orusco al Tercer Congreso Internacional sobre la Historia de la Arquitectura Española Contemporánea (Pamplona, 14-15 de marzo de 2002): vid. DELGADO ORUSCO, Eduardo, "La experiencia del INC, una colonización de la modernidad", en *Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*; T6 ediciones, Pamplona, 2002, pp. 87-96.

² RUIZ CABRERO, G. *El moderno en España, arquitectura 1948-2000*, Tanais Ediciones, Madrid, 2001, p. 13.

He elegido esta obra para representar a esa corriente fin de siglo y mostrar la actitud general de la crítica respecto de la arquitectura y la supuesta "política estética de Estado" no porque en ella el fenómeno esté más marcado, sino porque ha sido, según creo, la última publicada, y porque es, dentro de esa serie, una de las obras en las que se aprecia una mayor ambición crítica y de interpretación, pero comentarios semejantes podríamos encontrarlos en la mayoría de las restantes.

³ Muy importante también, desde el punto de vista arquitectónico, fue la tarea desarrollada simultáneamente desde el Ministerio de Trabajo con la construcción de los Institutos y Universidades Laborales, que dejó el país sembrado de espléndidos edificios, de todos los estilos y facturas, ajenos igualmente a cualquier presunta consigna estética franquista. No es el momento de extenderse al respecto que he tratado más ampliamente en "La otra historia", recogido en *Los Brillantes cincuenta* (AA.VV., T6 Ediciones, Pamplona, 2004, pp. 17-40) y sobre todo en "Un hormigón monumental para Ourense", contenido en *La Universidad Laboral de Ourense* (A.A.V.V., T6 Ediciones, Pamplona, 2003, pp. 10-32).

⁴ Ver nota n. 10.

⁵ "Así creemos haber servido al progreso desde la tradición", dirá Fernández del Amo en 1987 (cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J. L. "Mis pueblos de la Mancha", recogido en *Palabra y obra, escritos reunidos*, Colegio de Arquitectos de Madrid, COAM, Madrid, 1995, pp. 87-92), respondiendo sin querer el célebre aserto de D'Ors: "Todo lo que no es tradición es plagio".

⁶ HITCHCOCK, H-R. *Arquitectura de los siglos XIX y XX*. Editorial Catedra. Madrid, 1981.

⁷ Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. "Mis pueblos de la Mancha", *ibid*.

⁸ De hecho los proyectos para San Isidro y Gabarderal formaron parte del mismo expediente que los de tres poblados enclavados en Zaragoza: Alera, Campo Real y El Boyeral (Cfr. Archivo Administrativo de la Diputación General de Aragón, Exp. n.º. 2292).

⁹ Con excepción de la agrupación de viviendas Francisco Franco, levantada en el barrio de la Chantrea de Pamplona, que ha cumplido recientemente su cincuentenario. Pero también en el caso de esta agrupación se trató de una aportación "externa" a Navarra, esto es, no directamente promovida por la Diputación Foral (ya que en este caso la responsable fue la Obra Sindical del Hogar).

¹⁰ Es de justicia destacar la figura de José Tamés Alarcón, arquitecto-jefe del Instituto entre 1943 y 1970, y autor, en calidad de tal, del edificio que se construyó para albergar sus servicios, en el número 112 del Paseo de la Castellana, que alberga desde 2004 las oficinas del nuevamente creado Ministerio de la Vivienda (Vid. DELGADO ORUSCO, E., "La experiencia del INC, una colonización de la modernidad", *op. cit.*).

¹¹ Vid. RUIZ CABRERO, G. *El moderno en España. Arquitectura 1948-2000*, Tanais Ediciones, Madrid, 2001, pp. 13-17.

¹² Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. "Pregón de la fiesta de Vegaviana", recogido en *Palabra y obra, escritos reunidos*, Colegio de Arquitectos de Madrid, COAM, Madrid, 1995, pp. 109-111.

¹³ Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. "Mis pueblos de la Mancha", *op. cit.*, p. 87.

¹⁴ FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. "Del hacer de unos pueblos de colonización", en *Arquitectura*, n.º 192, 1974.

¹⁵ Basta leer cómo relataba Fernández del Amo el proceso de diseño de sus poblados, respetando al máximo tanto la topografía como el arbolado existente, que incluso procuraba reponer "hasta en sus plantas menores", como en Vegaviana (Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. "Vegaviana un poblado de Extremadura", en *RNA*, n.º. 202, 1958) o disponiendo las edificaciones de tal forma que circundase áreas en las que la vegetación permaneciese (FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L., "Del hacer de unos pueblos de colonización", *op. cit.*).

¹⁶ Como señalaba César Ortiz-Echagüe en 1966: “Nos encontramos en el momento en que, también en España, la industria de la construcción empieza a producir a gran escala estructuras metálicas, muros-cortina, toda clase de cerramientos, puertas normalizadas, etc. y por todas partes, vamos viendo edificios proyectados con esos elementos. Si la mayoría de los arquitectos destacados no quieren saber nada con esas formas de construir, su empleo quedará en manos de esa inmensa masa media, a la que me he referido antes que, cuando estaba escasa de medios, supo hacer arquitectura con personalidad, pero que temo quede ahora desbordada por las facilidades que proporcionan las avalanchas de catálogos” (vid. ORTIZ-ECHAGÜE, César; “Nuestra trayectoria arquitectónica”; conferencia en la ETSAM, en diciembre de 1966, recogida en: POZO MUNICIO J.M. *Ortiz-Echagüe en Barcelona*, COAC, Barcelona, 2000, pp. 16-17).

¹⁷ A. Lunaciarskij, crítico y escritor, Comisario del pueblo para la instrucción y la educación pública entre 1917 y 1929.

¹⁸ Vid. KREIS, B. “Taut a Mosca”, recogido en *Bruno Taut 1880-1938* (NERDINGER, W. SPEIDEL, M. y otros), Electa editrice, Milán, 2001, pp. 156-171.

¹⁹ ÁRIZ, Domingo y NAGORE YÁRNOZ, Fernando; *Proyecto de nuevo pueblo de Figarol en Navarra Memoria del Proyecto*, p. 2; Archivo Administrativo de la Diputación General de Aragón, Exp. n° 1228.

²⁰ Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. “Pregón de la fiesta de Vegaviana”, *op. cit.*

²¹ Vid. KREIS, B., “Taut a Mosca”, *op. cit.*

²² Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. “Mis pueblos de la Mancha”, *op. cit.*, p. 92.

²³ Cfr. FERNÁNDEZ DEL AMO, J.L. *Ibid.*, p. 87.

²⁴ El plan general lo redactó en 1954 el arquitecto Eugenio Arraiza, de Pamplona; se construyó en tres fases; la primera comprendió 100 viviendas para colonos y obreros, más el centro cívico, con la iglesia, el ayuntamiento, el teatro, la casa del maestro y la del médico; y además un matadero y un lavadero. La segunda fase se debió a José Borobio, y en ella se añadieron 100 viviendas más para colonos y 7 para obreros. Por último en la última fase, bastante tardía (1964), que también realizó Borobio, se añadieron 32 viviendas más. Es con mucho el mayor de los cuatro poblados.

²⁵ El proyecto inicial lo redactaron en 1948 Fernando Nagore y Domingo Áriz, de Pamplona, para una extensión de 13,4 ha. En la primera fase se construyeron sólo 120 viviendas, de diez tipologías distintas, así como algunos de los principales edificios singulares. En 1960 José Borobio añadió 13 viviendas más y él mismo, junto con Antonio Barbany, llevó a cabo en 1962 la última ampliación, añadiendo diversos edificios complementarios (hogar rural, tienda, residencia...).

²⁶ El proyecto, de junio de 1961, se debió a José Borobio y Antonio Barbany.

²⁷ El proyecto, también de junio 1961, se debió a José Borobio y Antonio Barbany, y comprendía tan sólo 29 viviendas, la iglesia, las escuelas y un centro sindical.

²⁸ ÁRIZ, D. y NAGORE YÁRNOZ, F. *Proyecto de nuevo pueblo de Figarol en Navarra*, *op. cit.*, p. 2.

²⁹ ÁRIZ, D. y NAGORE YÁRNOZ, F. *Proyecto de nuevo pueblo de Figarol en Navarra*, *ibid.*, pp. 2-3.

³⁰ DELGADO ORUSCO, E. “La experiencia del INC, una colonización de la modernidad”, *op. cit.*, p. 90.